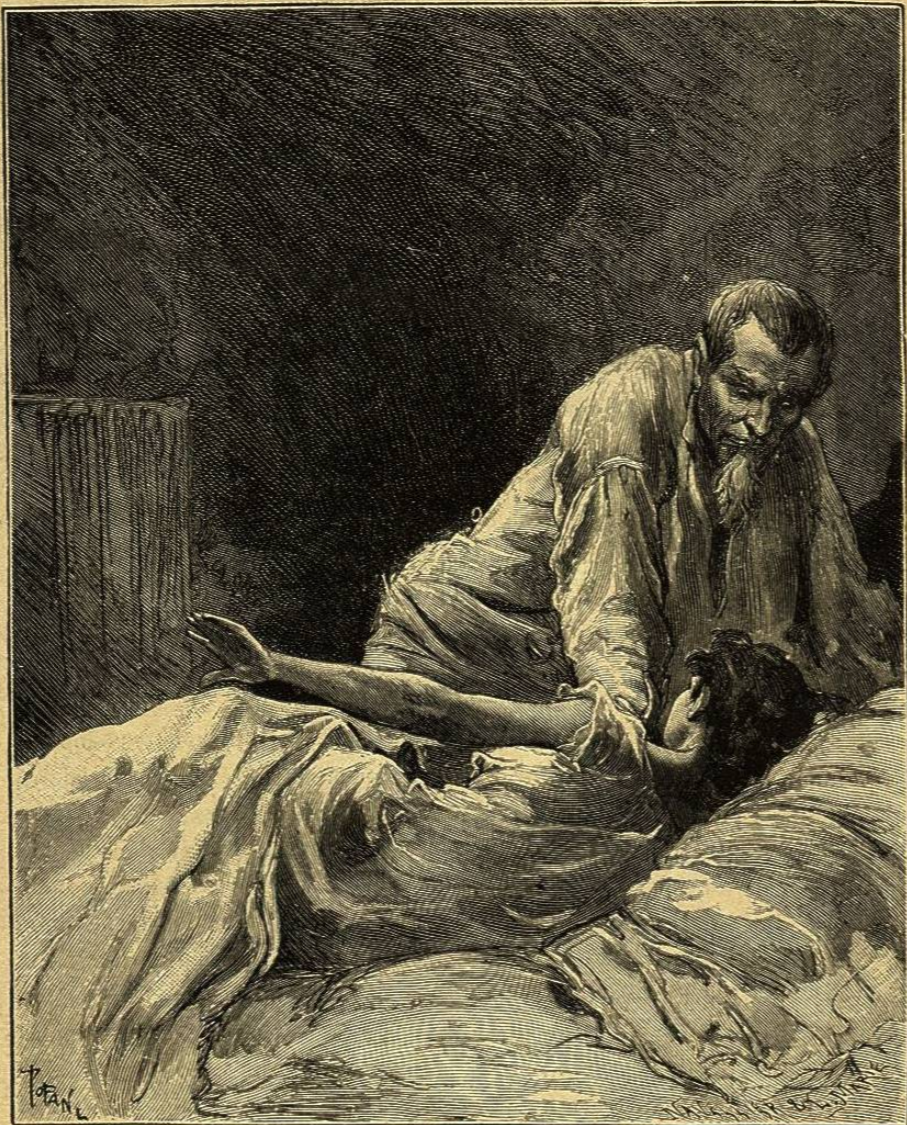


lucha como la que he tenido abajo contigo el otro día, picarilla, cuando no estabas tan domesticada como hoy? Pues bien, para convencerte pregúntaselo



Di un grito de horror y quise huir, pero me detuvo.

á Germán, y verás como te dice que no ha sentido el menor ruido en la casa en toda la noche.»

— ¡Oh, ya había tomado todas las precauciones para asegurar su impunidad!

— dijo Rodolfo.

— Si, señor: y así es que me quedé tan aterrada, que ni una sola palabra pude responder á lo que me dijo. Como ignoraba que se hubiese valido de ningún breva para adormecerme, no podía explicarme á mi misma la tenacidad de aquel sueño. Todas las apariencias me condenaban; y si me quejaba todo el mundo me condenaría, porque aquella noche espantosa era un misterio impenetrable á mis propios ojos.

## X

### EL CRIMEN

Rodolfo quedó aterrado al hacerse cargo de la horrenda hipocresía de Mr. Ferrán.

— ¿De modo — dijo á Luisa — que no os habéis atrevido á decir á vuestro padre el odioso atentado del notario?

— No, señor: me hubiera creído cómplice de Mr. Ferrán; y además temía yo que mi padre, dejándose llevar de su cólera, se olvidase de que su libertad y la subsistencia de nuestra familia dependían de mi amo.

— Y probablemente — dijo Rodolfo para evitar á Luisa una parte de su dolorosa confesión — cediendo al temor de perder á vuestro padre negándoos á complacer al notario, habéis continuado siendo la víctima de ese infame.

Luisa bajó la vista y se cubrió de rubor.

— No, señor: mi amo, á fin de alejar toda sospecha, cuando alguna vez comían con él el cura de Bonne-Nouvelle y su capellán, me trataba con mucha aspereza delante de ellos; pedía al señor cura que me amonestase, y le decía que tarde ó temprano llegaría á perderme, que tenía modales demasiado libres con los escribientes, que era una holgazana, y que sólo me tenía en su casa por caridad y por favorecer á un honrado padre de familia á quien había hecho ya otros servicios... Todo esto era una pura falsedad, excepto el servicio que había hecho á mi padre; porque yo no veía á los escribientes, que trabajaban en un tramo de la casa separado del nuestro.

— ¿Cómo explicaba Mr. Ferrán su conducta delante del cura cuando os hallabais sola con él?

— Me decía que era por chancearse... Pero el cura tomaba seriamente estas acusaciones, y me reprendía con severidad, diciéndome que debía ser muy mala y muy viciosa para pervertirme de aquella manera en casa tan santa y rodeada de personas tan ejemplares y religiosas.

Á esto nada tenía que responder; bajaba la cabeza, me ruborizaba, y mi silencio y mi confusión eran una prueba contra mi inocencia. La vida llegó á serme tan pesada, que algunas veces he pensado en ponerla fin; pero me

acordaba de mi padre, de mi madre, de mis hermanos, y esto me sostenía y me daba resignación. En medio de mi desgracia y envilecimiento, tenía el consuelo de salvar á mi padre de la cárcel. Pero al fin llegué á conocer que era madre, y se consumió mi desventura... y me creí perdida para siempre. No sé por qué presentimiento se me figuró que Mr. Ferrán, al saber este suceso que debería mitigar su crueldad para conmigo, me trataría aún con más rigor; y sin embargo, estaba muy lejos de sospechar lo que iba á sucederme...

Morel volvió en sí de su abstracción, miró alrededor con asombro, pasó la mano por la frente y concentrando algo más sus recuerdos, dijo á Luisa:

— Me parece que he estado distraído..., el desvelo... la fatiga... los pesares... ¿Qué decías tú?...

— Cuando el señor Ferrán supo que yo era madre...

El lapidario hizo un gesto de desesperación, pero Rodolfo le calmó con una mirada.

— Pues bien, sigue... sigue... que yo escucharé hasta lo último. — dijo Morel.

Luisa continuó:

— Pregunté á Mr. Ferrán de qué modo ocultaría mi deshonra y las consecuencias de una falta en que él me había hecho caer... ¡Oh, apenas creeréis lo que voy á deciros, señor!...

— ¿Y qué?...

— Me interrumpió con indignación y con sorpresa, y fingiendo no comprenderme me preguntó si estaba loca. Yo me llené de asombro al oír esto, y exclamé: « Pero, ¡ Dios mío! ¿ qué queréis entonces que haga de mí? si no os compadecéis de mí, apiadaos á lo menos de vuestro hijo? » « ¡ Qué horror! » exclamó Mr. Ferrán levantando las manos al cielo. « ¡ Cómo, miserable ¿ cómo tienes valor para acusarme de haber cometido la vileza de bajarme hasta una mujer de tu clase?... ¿ y aun tienes la avilantez de atribuirme las consecuencias de tu vida relajada, después que tantas veces te he dicho que te perderías, delante de testigos respetables? ¡ Anda, vil prostituta! ¡ al instante... fuera de mi casa!...

Rodolfo y Morel quedaron petrificados de espanto... no podían concebir una hipocresía tan infernal.

— ¡ Oh, sí, confieso que nada he oído ni imaginado tan horrible! — dijo Rodolfo.

Morel no profirió una sola palabra; sus ojos se dilataron de una manera espantosa, y un espasmo convulsivo contrajo sus facciones. Levantóse de la mesa en que estaba sentado, abrió de repente el cajón, cogió una gran lima muy aguda y se precipitó hacia la puerta... Rodolfo adivinó su pensamiento, y asiéndole por el brazo le detuvo.

— ¿ Adónde vais, Morel?... ¡ Mirad que vais á perderos, desdichado!



Cogió una gran lima muy aguda.

— ¡ No! gritó el artesano furioso y luchando por desprenderse de Rodolfo — ¡ cuidado! ¡ qué si no haré dos desgracias y no una!

Y enteramente fuera de sí amenazó á Rodolfo.

— ¡ Padre... mirad que es nuestro protector!... — exclamó Luisa.

— ¡ Que le importamos nosotros!... ¡ si, sí! ¡ lo que quiere es salvar... al notario! — repuso Morel frenético y luchando con Rodolfo. Éste lo desarmó con el mayor cuidado al cabo de un instante, abrió la puerta y arrojó la lima á la escalera. Luisa corrió hacia el lapidario, lo estrechó entre sus brazos, y le dijo :

— ¡ Padre!... ¡ es nuestro salvador!... y habéis levantado la mano contra él : ¡ mirad, señor, lo que hacéis!...

Estas palabras volvieron la reflexión al lapidario, el cual cubrió el rostro con las manos y se dejó caer de rodillas á los pies de Rodolfo.

— Levantaos, padre desgraciado — le dijo Rodolfo. — Paciencia... paciencia... comprendo vuestro furor y participo de vuestro odio ; pero en nombre de vuestra venganza os ruego que no la comprometáis...

— Pero, ¡ Dios mio! — exclamó el lapidario levantándose — ¿ qué puede hacer en este caso la justicia ni la ley? ¡ Infelices de nosotros! si fuésemos á acusar á un hombre tan rico, tan poderoso y tan respetado, lo tomarían por un falso testimonio ; ¡ ja! ¡ ja! ¡ ja! — y prorrumpió en una risa convulsiva. — Y tendrían razón porque ¿ en dónde están nuestras pruebas? Nos tendrían por locos. Y así os digo, sí, os lo digo yo — gritó en un acceso de frenético furor — que sólo tengo confianza en la imparcialidad del puñal.

— Callad, Morel ; el dolor os hace perder la razón — le repuso con tristeza Rodolfo... — Dejad hablar á vuestra hija : los momentos son preciosos, el magistrado espera, y es necesario que yo me imponga de todo... de todo os digo... de todo... Continúad, hija mía.

Morel volvió á dejarse caer sobre la mesa.

— Inútil sería deciros, señor, mi llanto, mis ruegos y mi desesperación — continuó Luisa. — Todo esto había pasado en el gabinete de Mr. Ferrán á las diez de la mañana : el cura debía almorzar con él aquel día, y entró precisamente cuando mi amo me llenaba de improperios y de ultrajes... de modo que al parecer halló muy inoportuna la visita de su huésped.

— ¿ Y qué dijo entonces?

— Exclamó al instante : « ¡ Qué tal, señor cura! bien decía yo que esta desdichada se había de perder... Está perdida... perdida para siempre... acaba de confesarme su delito y su deshonra y de suplicarme que la salve de la vergüenza pública. Vaya, cuando pienso que por misericordia he admitido en mi casa á una desastrada semejante... » — « ¡ Cómo! — me dijo el señor cura con indignación — ¡ y has llegado á prostituirte, á envilecerte hasta ese punto, á

pesar de los santos consejos de tu amo, de que yo mismo soy testigo ! ¡ Oh ! tu delito es imperdonable. Amigo mío, sería una debilidad el tener compasión con esa miserable, después de tantos favores como le habéis hecho á ella y á su familia... Es preciso que seáis inexorable » — dijo el cura engañado como todo el mundo por la hipocresía de Mr. Ferrán.

— ¿ Y no habéis arrancado la máscara al infame en aquel mismo instante ? — dijo Rodolfo.

— Estaba, señor, tan aterrada, que no pude proferir una sola palabra : sin embargo, queriendo hablar para defenderme, exclamé : « ¡ Pero, señor !... » « ¡ Ni una sola palabra, infame criatura ! » gritó Mr. Ferrán interrumpiéndome. « Ya has oído al señor cura... sería una debilidad el tener compasión de ti... Dentro de una hora saldrás de mi casa. » Y sin darme lugar á responder, se fué con el cura á un cuarto inmediato. Después que salió Mr. Ferrán estuve medio loca ; veíame arrojada de su casa y sin poder colocarme en otra parte, á causa de los malos informes que de mí daría ; tampoco dudaba que hiciese prender á mi padre, y no sabiendo qué hacer de mí, me retiré á mi cuarto para llorar mi desventura. Al cabo de dos horas subió mi amo y me dijo : « ¿ Has arreglado tu ropa ? » « ¡ Misericordia, señor ! » le respondí ; « no me despedáis de vuestra casa en el estado en que me encuentro. ¿ Qué será de mí, si no puedo colocarme en ninguna parte ? » « Tanto mejor ; Dios ha castigado tu libertinaje y tus mentiras. » « ¿ Y os atrevéis á decir que miento ? » exclamé indignada ; « ¿ y os atrevéis á decir que no sois vos quien me ha perdido ? » « Sal al instante de mi casa, infame prostituta, ya que no desistes de calumniarme, » gritó con voz terrible. « Y para castigarte haré que prendan mañana á tu padre. » « ¡ No, no, por amor de Dios ! » le dije horrorizada ; « no me quejaré de vos, señor... os prometo que á nadie me quejaré, pero no me echéis de vuestra casa. Tened compasión de mi padre : lo poco que gano aquí sirve para sostener á mi familia. No me despedáis, y no diré nada á nadie. Procuraré ocultar el estado en que me hallo, y cuando me sea ya imposible disimular mi triste situación, entonces me echaréis á la calle si es vuestra voluntad. » Tanto supliqué á Mr. Ferrán, que por último accedió á que me quedase, lo que tuve por un gran favor en mi terrible desgracia. Después de esta escena cruel he sido objeto de una persecución y de un maltrato intolerables : solo el señor Germán, á quien veía pocas veces, solía preguntarme por la causa de mi pesar ; pero la vergüenza me impedía hacerle ninguna revelación.

— ¿ No ha sido entonces cuando vino á vivir aquí ?

— Sí, señor ; quería un cuarto cerea de la calle del Templo ó del Arsenal, y como estaba desocupado el que ahora habitáis, le hablé de él y lo tomó. Cuando lo dejó, hará cosa de un mes, me suplicó que no dijese á nadie su nueva morada, de la cual estaban impuestos en casa de Mr. Ferrán.

Rodolfo concibió el motivo de estas precauciones, pues no ignoraba que Germán tenía que huir de la persecución de sus enemigos.

— ¿ No habéis pensado jamás en descubrir vuestras penas á Germán ? — preguntó á Luisa.

— No, señor ; también se había dejado engañar por la hipocresía de Mr. Ferrán : decía que era de genio áspero y exigente, pero le tenía por el hombre más honrado del mundo.

— ¿ Cuando Germán vivía aquí, oyó acaso alguna vez á vuestro padre quejarse de que el notario intentaba seduciros ?

— Mi padre no manifestaba jamás sus recelos delante de los extraños ; y además por aquel tiempo era cuando lo engañaba, diciéndole que Mr. Ferrán ya no pensaba en mí. ¡ Ah ! padre, ahora me perdonaréis aquella mentira... ya veis que sólo lo hacía por tranquilizaros.

Morel no respondió : sollozaba con la cabeza apoyada en los dos brazos cruzados sobre la mesa.

Rodolfo hizo una seña á Luisa para que no volviese á dirigir á su padre la palabra, y la joven continuó :

— Vivía en un continuo llanto, en una angustia eterna. Á fuerza de precauciones había conseguido ocultar mi situación, pero no podía esperar que sucediese lo mismo durante los dos meses que faltaban para el término fatal... y cada vez se me hacía más espantoso el porvenir. Mr. Ferrán me había dicho que estaba resuelto á echarme de su casa ; de modo que mi familia iba á verse privada de los pocos recursos que yo le suministraba. Maldita y desechada por mi padre, porque después de las mentiras que había inventado para tranquilizarlo, me tendría por cómplice y no por víctima de Mr. Ferrán... ¿ qué iba á ser de mí ? ¿ adónde refugiarme ? ¿ en dónde me colocaría... hallándome en tal estado ? Confieso que tuve entonces una idea criminal ; y os hago esta confesión, porque nada quiero ocultaros, ni aun aquello mismo que me perjudica, y porque deseo manifestaros el extremo á que me ha conducido la crueldad de Mr. Ferrán. Si yo hubiese sucumbido á un pensamiento funesto ¿ no sería ese hombre cómplice de mi crimen !

Calló por un momento Luisa, y luego continuó con voz trémula :

— Había oído decir á la portera que vivía en la casa un empirico... y...

No pudo acabar la frase.

Rodolfo se acordaba de que el primer día que había visto á madama Pipelet, había recibido del cartero, en la ausencia de la portera, una carta de papel ordinario con la letra del sobre desfigurada, y en la cual había notado la señal de algunas lágrimas...

— Y le escribisteis, pobre criatura... hace tres días... Y habéis llorado al escribir esa carta ; y la letra era disfrazada.

Luisa miró asombrada á Rodolfo.

— ¿Cómo sabéis, señor?...

— Serenaos. Estaba solo en la porteria, cuando llevaron esa carta, y la vi por casualidad.

— Era la mía, señor. En esa carta sin firma decía al señor Bradamanti que no pudiendo ir á su casa, me hiciese el favor de ir aquella tarde junto al palacio de Eau... Estaba sin juicio... quería pedirle uno de sus horribles consejos. Salí pues de la casa con intención de verlo; pero al cabo de un instante recobré la razón, conocí el crimen que iba á cometer, y me volví á la casa. Aquella noche ocurrió una escena cuyos resultados han causado mi última desgracia. Mr. Ferrán estaba persuadido de que yo tardaría dos horas, siendo así que había estado ausente pocos minutos. Al pasar por delante de la puerta falsa del jardín, la vi abierta con grande sorpresa mía; entré por ella; la cerré y puse la llave en el gabinete de mi amo, que era su sitio ordinario. Esta pieza estaba antes de su cuarto de dormir, que era el sitio más retirado de la casa en el cual recibía sus visitas secretas, pues en el escritorio era en donde despachaba los negocios ordinarios. Ahora os diré por qué os refiero estos pormenores: como conocía bien los rincones de la casa, después de haber atravesado el comedor que estaba alumbrado, entré sin luz en la sala, y luego en el gabinete que precedía al dormitorio del amo, cuya puerta se abrió al punto de poner la llave sobre la mesa. No bien me hubo visto á favor de la luz del quinqué de su cuarto, cuando cerró súbitamente la puerta, dejando dentro á una persona que no pude conocer; y arrojándose luego sobre mí, me agarró por el pescuezo como si quisiera ahogarme, y me dijo en voz baja, con un tono furioso y sobresaltado: « ¡ Oh! ¡ tú estabas escuchando á la puerta! ¡ dime aquí qué has oído! ¡ Responde, sino te mato! » Pero mudando luego de idea sin darme lugar á responderle, me fué empujando hasta el comedor, me arrojó dentro y cerró la puerta.

— ¿Y no habíais oído algo de la conversación?

— Nada había oído: me hubiera guardado bien de entrar en el gabinete á haber sabido que estaba con alguno, porque lo tenía prohibido hasta á la misma señora Serafina.

— ¿Qué os dijo cuando volvió á veros?

— El ama de llaves fué quien vino á abrirme la puerta, y no vi á Mr. Ferrán aquella noche. El susto me había puesto mala. Al día siguiente me encontré con Mr. Ferrán al bajar de mi cuarto, y no pude menos de estremecerme al acordarme de las amenazas de la vispera; pero no puedo expresar cuál fué mi sorpresa al oírle decir con mucho sosiego: « Ya sabes que te tengo prohibido el que entres en el gabinete cuando estoy con alguno en mi cuarto; pero como has de estar pocas horas en mi casa, no quiero molestarte en hacerte más advertencias; » y se dirigió á su despacho. Esta moderación me asombró después de

las amenazas de la vispera. Continué haciendo mi obligación como siempre, y me fuí á arreglar el cuarto del amo. Había pasado una noche cruel, y me hallaba tan débil y quebrantada, que al colgar algunos vestidos del amo en un ropero muy oscuro que había cerca de la alcoba, sentí que se desvanecía mi cabeza y que perdía el sentido. Al caer quise sostenerme asiéndome de una capa que había en el colgador, la cual se vino tras mí y me cubrió enteramente. Al volver en mí, la puerta vidriera del ropero estaba cerrada, y oí en el gabinete la voz de Mr. Ferrán, que hablaba alto. Acordéme entonces de la escena de la vispera, y me consideré muerta si hacía el menor movimiento; pero supuse que cubierta como estaba con la capa, mi amo no me habría visto al tiempo de cerrar la puerta vidriera. Y si llegaba á descubrirme, ¿ cómo le haría creer esta casualidad casi inexplicable? Detuve pues la respiración, y oí á pesar mío el fin de una conversación que sin duda había empezado mucho antes.

## XI

### UNA REVELACIÓN

— ¿Quién era la persona que hablaba con el notario en su cuarto? — preguntó Rodolfo.

— No lo sé, señor; no conocí aquella voz.

— ¿Pero qué decían?

— La conversación había empezado sin duda algún tiempo antes, porque he aquí lo único que pude oír: « Nada más sencillo, » dijo la voz desconocida; « un truhán llamado *Brazo Rojo*, hablándole del asunto que hemos tocado hace un rato, me puso en relación con una familia de *piratas de agua dulce*, (1) establecida en un islote cerca de Asnieres; son los bandidos más grandes de la tierra: el padre y el abuelo han muerto guillotizados, dos hijos están en presidio por toda la vida; pero quedan aún la madre, tres muchachos y dos muchachas, tan buenos para un fregado los unos como los otros. Dicen por ahí que para robar en las dos orillas del Sena, hacen algunas expediciones en bote hasta Bercy. Es gente que mataría por un escudo al primero que le cayese á mano; pero no necesitamos por ahora de su habilidad, y nos bastará con que admitan en su casa á esa señora de provincia de que me habéis hablado. La familia de Marcial (este es el nombre de mis piratas) pasará en su concepto por una familia honrada; por mi parte iré á hacer dos ó tres visitas á vuestra recomendada, la suministraré algunas pociones... y al cabo de ocho días se irá á descansar al

<sup>1</sup> Mas adelante hablaremos de las costumbres de estos piratas parisienses.